

página histórica, y no hay que perderla.—Pero, ¿y el peligro?—El peligro será la sal y la pimienta. Bien las ha menester este guiso soso del parlamentarismo.»

Y la apertura se verificó. Y, dos horas antes de verificarse, ya cundían entre los bien informados voces de que «no había nada.» Y entonces me decidí por ver la comitiva sosegadamente y sin apreturas, desde un magnífico balcón, en excelente compañía. Con gran asombro mío, el pueblo de Madrid, que no pierde ocasión de echarse á la calle, ese día, sin duda influido por las profecías terroríficas, se quedó en casa. No hubo apreturas, las acreditadas apreturas caras á los rateros, tomadores y carteristas, y á los Tenorios de arpillera, que emprenden conquistas mudas á favor de las circunstancias. Era cosa de creer que, la víspera, medio Madrid hubiese emprendido un éxodo hacia Valladolid ó Segovia. Se circulaba despejadamente, y la Puerta del Sol estaba vacía. No he visto otro caso igual, aquí donde el oso de un húngaro agolpa centenares de curiosos, y la procesión más insignificante congestiona las vías públicas. Lo único alarmante en la apertura de Cortes, era la soledad. Eso sí: la poca gente de las calles se mostró animada, alegre, entusiasta. El rey fué muy aclamado, al menos en el trecho que alcanzaba mi vista, al final de la Carrera de San Jerónimo.

La procesión de las bellas carrozas arcaicas de Palacio, entre la fila de soldados y bajo el sol de llama, por fin desembozado y español, después de tanto tiempo en que lo envolvieron las nubes, era un espectáculo espléndido. El desfile de los lucidos regimientos, los húsares azules y rojos, con su brillantez de galones y su nota audaz de colorido, completaba el cuadro. Los alabarderos añadían esa gravedad acompasada, solemne, que infunden los grandes palacios silenciosos, de estancias abovedadas, en cuyos plafones jugueteaban quietamente ninfas, genios y amorcillos. Por los vidrios puros de las carrozas, ó llenando sus ventanillas abiertas, pasaban lampos de colores finos, de trajes de corte, y delicadas nubes de blancas mantillas, que velaban fulguraciones de joyas. Los magníficos penachos de los caballos se agitaban al movimiento de sus gallardas testas, con ufania victoriosa. Los soldados, á pie firme, presentando armas, no parecían sentir el asfixiante calor que, proverbialmente, cae sobre Madrid los días de formación, aunque haga fresco todo el resto de la semana. Eso sí: los húsares, venidos por la mañana de Alcalá de Henares al trote de sus caballos, estaban más rojos que el paño de su uniforme. Yo no comprendía la razón (¡hay tantas cosas que jamás comprenderé!) de que estas aperturas de Cortes se hagan á horas tan incómodas. ¿Serían menos Cortes si se abriesen á las seis de la tarde en verano?

En fin, por esta vez, «el coco» no ha asomado su fea y espantable catadura. Sin emociones hemos regresado á nuestra casa los testigos del acontecimiento, y al otro día, las Cámaras empezaron á tejer y destejer la tela penelopea de sus discusiones. Que si el acta de acá es un horror. Que si la de allá demuestra el predominio del caciquismo más repugnante. Que si en la de acullá hay sapos y..., lagarto, lagarto. Que si pitos. Que si dulzainas...

Y entretanto, el barco que devolvía á España á la infanta Isabel, después del triunfal viaje á la Argentina, se acercaba al puerto, y la mensajera llegaba, no sin haber apretado antes un poco el lazo que nos une con el paradisíaco suelo de las Afortunadas. Y en Madrid se hablaba de hacer á la ilustre señora, que tantas simpatías cosechó en la Argentina, un recibimiento á la altura de la ocasión, que fué ciertamente de las memorables. Pero todo se quedó en agua de cerrajas. Se la recibió poco más ó menos como se la había despedido; con afecto, con respeto *sans plus*, que dicen los franceses... Parte por culpa de la hora, bastante intempestiva (las nueve de la mañana) parte por este indiferentismo simplina que nos tiene paráliticos, el recibimiento no fué aquella clamorosa y viva efusión que en este caso especialísimo debiera ser. Cuando media el crédito de España, la honra de España, la unión que debe anhelarse entre España y sus antiguas colonias, hoy poderosas naciones, la señora que nos ha representado deja de ser una persona alta ó baja, y se convierte en un símbolo. ¿Para cuándo son los arcos triunfales, para cuándo el desbordamiento de la simpatía que todo español está obligado á demostrar á los que por un momento se identifican con la idea de la patria? Ante esta idea, no debieran existir divergencias políticas de ninguna clase. Y hubo tiempos en que no existían.

Ninguna política más sencilla que ésta: mirar á los hombres y á los hechos desde el punto de vista de lo que añaden ó restan á nuestro vigor como nación.

Y el viaje de la infanta «nos ha dejado bien» ante un pueblo que debe ser nuestro amigo, nuestro colaborador en la obra civilizadora y conservadora de los prestigios de la raza. Por mucho que se pretenda hallar defectos y poner reparos, no es cosa frustrada, sino extraordinariamente «réussie» ese viaje. Lo cual debiera bastar. No son tantos los éxitos que nos apuntamos; estimemos mucho los que se logran.

También parece que no sale mal, por ahora, la acogida al Sr. Sáenz Peña, presidente electo de la República Argentina. Todo se hace á fuerza de banquetes, es cierto; y en los banquetes no cabe error. Reunirse para comer, que es acto de cordialidad, es al mismo tiempo el festejo mejor ensayado. ¡Se ha repetido tantas veces el número! No es posible que no «resulte.»

Dicen que el Sr. Sáenz Peña es una persona extraordinariamente simpática y muy fina y caballeresca en su espíritu y carácter. Lo creo, porque, en general, sus compatriotas propenden á este estilo, como propenden, en la política, al orden y á la cohesión. La Sociedad, (con mayúscula,) espera mucho de la Argentina, pueblo nuevo que siente fuerte y profundamente la necesidad de vivir y de afirmarse, contra los embates de las corrientes destructoras. El instinto allí hace lo que no se atreve á hacer la tradición. Y la tradición no es sino instinto petrificado. Y el instinto, como es lo primordial, lo que ha presidido á la formación de la Sociedad, no caprichosamente, sino por virtud de adquisiciones lentas, servirá de fuerza de resistencia contra la desorganización.

El cronista ó la cronista (llamadle como gustéis) ha sido estos días nombrado ó nombrada Consejero ó Consejera de Instrucción pública. Y una torre de papel, hacinada en mi pupitre, donde alterna el azul de los telegramas con el blanco amarillento de las cartas, me sirve de testimonio de que esta extraña novedad no ha sido desagradable para todo el mundo. Hasta, con un poco de presunción, me fuera dable creer lo contrario. Todos estos pedazos de papel hablan de reparaciones é injusticias, saludan en mí á una persona á la cual no se le ha recompensado una labor considerable y feliz, en el sentido de no haber pasado nunca inadvertida para el público. El público, sí, no me ha sido infiel; pero en cambio, el Estado, ó mejor dicho los gobiernos que han ido sucediéndose, han ignorado siempre mi trabajo, hasta que ahora, el conde de Romanones, que posee una juventud sorprendente, llena de vivacidades, insubjetable á rutinas y á preocupaciones; encontró natural que una mujer, que en algo ha contribuido, con sus escritos y con el ejemplo de una vida estudiosa, á la cultura y á la elevación del nivel intelectual de su patria, pudiese pertenecer al cuerpo consultivo que entiende en las cuestiones de Enseñanza y Pedagogía.

Es curioso que la mujer á la cual le es doblemente difícil conseguir la adquisición de la cultura, por que tiene que luchar con mil obstáculos que no existen para el hombre, esté excluida de todo lo que el hombre, por medio de esa cultura..., ó de la suposición de esa cultura..., obtiene. Ser Consejero de Instrucción pública, para el hombre, no representa gran dificultad, aunque siempre sea honroso. Para una mujer, dijérase que era poner una pica en Flandes. Y la pica tal vez no llegase á ponerse si el rey no se contase entre los monarcas ilustrados, llenos de sentido europeo, y el conde no se elevase por cima de tantos y tantos como se pasan la vida hablando de libertad, y remachando las cadenas, digámoslo así, (ya sé que la frase no es muy elegante ni muy nueva,) de las mujeres. Las mujeres, como no votan, como no tienen fuerza política alguna, (pues todo eso de que ellas manejan bajo cuerda la política, son cuentos tártaros) no existen para todo eso de las igualdades y las reivindicaciones y las justicias y los adelantos.

Gran sorpresa les causaría, á muchos que presumen de avanzados y revolucionarios, el recordarles que existimos, y que mientras el último proletario puede aspirar á todo, la mujer apenas osa, tímidamente, reclamar lo que ha ganado en buena lid. A su reclamación responde el codazo en las costillas y la fisga sorda. ¿Méritos? ¡Que se los guarde! ¿Trabajo? ¿Quién la mandó no estarse quieta, haciéndose aire con un abanico? ¿Arte? El arte es cosa de hombres...

Por eso, por eso miro con algún placer esta torre ingente de telegramas, cartas y tarjetas, que me parece un ladrillito de otra torre cuyos cimientos afloran del suelo no más...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los anglosajones serán muy superiores á nosotros y todo lo que ustedes quieran; pero si el que engaña revela superioridad de inteligencia respecto al engañado, nosotros les mojamos la oreja á los anglosajones. No hay día en que no sufran, en Madrid, el timo del portugués unos cuantos súbditos de Sus Majestades británica, germánica, y tal vez rusa. El último caso ha sido el de un marinero inglés, que, á cambio de media herradura, varios recortes de periódico y no sé qué otros artículos de trapería, ha entregado benigneamente treinta hermosísimas libras en oro, con otras tantas en billetes, y quizás algunos chelines de premio. Que venga un sociólogo á demostrarle á este bienaventurado que, según la etnografía y más ciencias, es muy superior al actual afortunado dueño de tantas libras bonitas. Es probable que acoja la demostración con una puñada en las mandíbulas del docto disertante.

Adviértase que, para ser víctima del consabido procedimiento, es absolutamente indispensable poseer una idiotez reconocida, de las que no se curan ni operándolas. Porque ¿quién, que tenga cabaletas las potencias del alma, va á creer que le regalarán por cien ó doscientos duros diez ó doce mil? Una señora muy sencilla me dijo en cierta ocasión: «Mira, si encuentras por ahí una sortija con un brillante muy bueno, muy bueno, y que cueste muy barato, que sea una verdadera ganga, me avisas.» Claro es que no contesté en alto, pero, para mí, quedé musitando, como ahora se dice: «¡A encontrar todo eso, en seguida te avisaré, vaya!» Si los timados no fuesen por el estilo de dicha señora, la de las cortas luces, podrían comprender que los negocios fantásticos que les propone en la calle un desconocido, á ser verdaderos, el desconocido para sí los quisiera. Tan sencilla idea no cabe en sus meollos. Y arrían los monises, encantados de haber nacido y de esta España en que ocurren gentiles aventuras.

Han dado principio ya las sesiones de Cortes que revisten verdadero interés, pues las primeras, las constitutivas, no atraen al público. Las actuales aca-so den lugar á incidentes más ó menos entretenidos, de mayor ó menor fuerza cómica. Sin embargo, la leyenda que rodeó el nacimiento de las actuales Cámaras se ha disipado; ya no hay temores de que ocurra ese anunciado escándalo monumental, el escándalo que había de impedir que funcionasen y acarrear no sé cuantas adversidades, asolamientos y muertes.

Los augurios eran tan fatídicos, tan sombríos, que el miedo rodeaba al palacio (cuyos leones, según la humorística composición, besaron la frente perfumada de Corradi,) de una especie de halo siniestro. Nadie se atrevía á solicitar billetes para la apertura. En voz baja, se susurraban vaticinios pavorosos. «—¿Usted sabe lo que ahí va á pasar?—No; en Dios y en mi ánima, que no lo sé.—Pues ahí va á correr sangre.—Pues entonces pido billetes, porque será una

Es la
la villa
ble, pue
horas d
abanico
Abrig
donde r
ratura. l
rival en
barato,
pieza á
pacho;
carta de
leros an
del ajo,
lo pone
Con
tutti fra
das á la
tillería?
La es
Se to
á manc
pizcos;
nana; t
fresas;
tambier
La que
téis, dei
á la cua
agregad
junto ei
ras. Na
Ya sé
Sosteng
al jugo
se dice,
pio y d
Si se
puede e
ne y un
Y si
se ama
creo q
de la n
Lo q
ceta no
ga sed.
lagroso
si al es
es agra
Todí
salada.
rides.»
las nar
pomas
buloso